



Arzobispado de Valencia

DELEGACIÓN DIOCESANA DE LA
PASTORAL DE ENFERMOS Y MAYORES

Pascua del Enfermo

5 de mayo de 2024

Subsidio litúrgico

En el Domingo VI de Pascua.

Este subsidio se puede utilizar también, con las debidas adaptaciones, en cualquier otro día.

I.- RITOS INICIALES

Monición de entrada

El sacerdote celebrante, después de signarse y saludar al pueblo, dice la siguiente introducción al acto penitencial:

Queridos hermanos:

Celebramos hoy la Pascua del Enfermo teniendo muy presente la invitación que nos hace la Iglesia española de: “Dar esperanza en la tristeza”. Hay muchos hermanos nuestros, enfermos o ancianos, que, por diversos motivos, experimentan sentimientos de tristeza, desesperanza o desánimo. Escucharemos hoy cómo Jesús nos recuerda que su deseo es «*que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud*».

En la alegría que nos trae Cristo resucitado, pediremos en esta celebración por todos nuestros hermanos enfermos y los que los cuidan, para que, fortalecidos por el amor de Dios y la esperanza de la vida eterna, sean aliviados de sus tristezas y sufrimientos.

Así pues, llenos de gozo, comenzamos esta celebración pidiendo perdón al Señor por todos nuestros pecados y, especialmente, por todas las veces que nosotros mismos no hemos acompañado en el amor y la compasión a nuestros hermanos que sufren.

(Silencio)

Tú, que has destruido el pecado y la muerte con tu resurrección: Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Tú, que has vencido el sufrimiento y la tristeza con tu resurrección: Cristo ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

Tú, que das la alegría a los vivos y la vida a los muertos con tu resurrección: Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén.

(En el domingo se recita o canta el “Gloria”).

Oración colecta

En el domingo VI de Pascua:

Dios todopoderoso,
concédenos continuar celebrando con fervor sincero
estos días de alegría
en honor del Señor resucitado,
para que manifestemos siempre en las obras
lo que repasamos en el recuerdo.
Por nuestro Señor Jesucristo.

En otro día de la semana, se puede utilizar la del día o bien la de la Misa “Por los enfermos”, cf.: Misal Romano, n. 374:

Oh Dios,
tú quisiste que tu Hijo unigénito
soportara nuestras debilidades
para manifestar el valor de la enfermedad y la paciencia humana;
escucha benévolo nuestras plegarias por los hermanos enfermos,
y concede a cuantos se hallan sometidos al dolor,
la aflicción o la enfermedad,
la gracia de sentirse elegidos
entre aquellos que tu Hijo ha llamado dichosos,
y de saberse unidos a Cristo en su pasión
para la redención del mundo.
Por nuestro Señor Jesucristo.

II.- LITURGIA DE LA PALABRA

Lecturas

En el VI Domingo de Pascua, ciclo B, solemnidad:

Hch 10,25-26.34-35.44-48: El don del Espíritu Santo se ha derramado también sobre los gentiles.

Sal 97,1.2-3ab.3cd-4: El Señor revela a las naciones su salvación.

1Jn 4,7-10: Dios es amor.

Jn 15,9-17: Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos.

Ideas para la homilía

*En el domingo 5 de mayo.
Las ideas que siguen pueden también servir
para la celebración en cualquier otro día.*

Queridos hermanos:

Estamos celebrando la Pascua del Enfermo, en este tiempo en que la alegría de Cristo resucitado, vencedor de la tristeza, del sufrimiento y de la muerte, llena nuestros corazones con la esperanza de la vida eterna que nos ha traído la resurrección de nuestro Señor.

Ciertamente, las contrariedades de la vida –cuando pasamos por el valle oscuro de la enfermedad, el dolor o la ancianidad– pueden llenarnos de tristeza, porque hemos perdido esa salud que un día fue mejor que la que hoy tenemos, o de angustia, porque no sabemos lo que nos sucederá mañana. Los enfermos bien conocen el desánimo y la inquietud que traen los padecimientos graves.

Sufrimiento del que también participamos los que damos nuestra vida por ellos, los que los cuidamos con esa compasión y ternura con las que nuestro Señor nos da la inmensa gracia de acompañarlos en sus dolencias, de animarlos en su abatimiento, de alegrarlos en su tristeza.

Dios –que no ha creado la enfermedad ni la muerte– no quiere que permanezcamos hundidos en la tristeza ni en la desesperación. Al contrario, sino que siempre gocemos de su eterna alegría. Como muy bien nos dijo Jesús: «*Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud*». La Buena Noticia que nos ha traído, de la que nos habló durante su vida en este mundo, llena nuestros pobres y débiles corazones de la alegría pascual.

Claro está que «*nuestra alegría llegará a plenitud*» cuando subamos al Reino de los Cielos, allí donde no existe la enfermedad ni la muerte, el sufrimiento ni la tristeza, allí donde sólo existe la Vida y el Amor que es Dios, allí donde gozaremos de la visión beatífica que nos hará plenamente felices contemplando a nuestro buen Dios, que quiere que estemos por toda la eternidad con Él.

Pero también nuestro Señor desea que disfrutemos de su alegría en el hoy de nuestra vida, aunque esté marcada por densos nubarrones. Alegría que recibimos en ese amor infinito con el que el Señor sella nuestras almas y que nos impulsa a llevarla, unida al amor, a cuantos hermanos nuestros están sufriendo.

«Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado», nos dijo Jesús. Y nosotros nos amamos unos a otros, de una manera singular, cuando cuidamos a nuestros enfermos, los aliviemos en sus sufrimientos, les damos esperanza en sus tristezas: cuando damos nuestra vida por amor a los que sufren. *«Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando»*.

Qué gran alegría es dar nuestra vida por Cristo enfermo, anciano, doliente. Todos queremos ser amigos de quien murió y resucitó por nuestra salvación. El único camino de la verdadera amistad con Jesús es hacer lo que Él nos mandó: dar nuestra vida por amor a Dios y al prójimo. ¡Y qué forma más excelsa es cuando cuidamos a los enfermos y ancianos!

Dios nos ha elegido para una gran misión: llevar el amor y la esperanza a cuantos sufren. Él nos ha destinado a que vayamos en busca del enfermo, del débil, del afligido; a llevar la alegría a los tristes, el consuelo a los desconsolados, la esperanza a los que la han perdido, el amor a los que no se sienten amados, a Cristo al que no lo conoce, la alegría de la fe a quien no cree.

Él nos ha destinado para que –a través de nuestro humilde y pobre servicio, pero querido y necesario para Él– produzcamos fruto que permanezca, fruto para la vida eterna: la salvación de nuestros hermanos que sufren.

Misión a la que estamos llamados tanto los enfermos como los sanos, los ancianos como los jóvenes, cada uno en las circunstancias de su propia vida, pues todos somos elegidos para ser amigos de Dios.

¡Qué gran elección y misión a la que el Señor nos llama!

III.- ORACIÓN DE LOS FIELES

Sacerdote:

Elevamos nuestra oración a Dios Padre, en quien ponemos nuestra confianza, confiados en su amor sin medida que tiene para con todos los hombres y especialmente para los enfermos y ancianos.

Lector:

- Por la Iglesia: para que, asumiendo su vocación maternal, acoja en su seno a todos los que se sienten solos y tristes, haciendo así presente el consuelo y la alegría de Cristo, en medio de la enfermedad y el dolor. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por nuestras autoridades: para que dediquen todos los esfuerzos que sean necesarios para cuidar a nuestros enfermos y ancianos, respetando la dignidad infinita de la vida humana desde su inicio hasta su fin natural. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por nuestros hermanos enfermos, que experimentan la angustia de la tristeza y el sufrimiento: para que se sientan alegrados y consolados por todos los que cuidamos. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por las familias de los enfermos: para que cuiden y acompañen con gran amor y ternura a sus seres queridos, siendo sostenidos por la esperanza de la resurrección de Cristo. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por los profesionales, capellanes, religiosos y voluntarios, consagrados al servicio de los enfermos: para que se sientan elegidos y enviados por Cristo para dar en ellos fruto para la vida eterna. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por todos nosotros: para que, compartiendo los sufrimientos de nuestros hermanos, les llevemos la alegría pascual de Cristo resucitado. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

Sacerdote:

Escucha, Padre, nuestra oración y danos un corazón compasivo y misericordioso como el de Cristo, para que estemos siempre atentos a las necesidades materiales y espirituales de nuestros hermanos que sufren y así los cuidemos y acompañemos en la alegría y el amor que Él nos trajo. Por Jesucristo nuestro Señor.

℟. Amén.

IV.- LITURGIA EUCARÍSTICA

Oración sobre las ofrendas

En el domingo VI de Pascua:

Suban hasta ti, Señor, nuestras súplicas
con la ofrenda del sacrificio,
para que, purificados por tu bondad,
nos preparemos para el sacramento de tu inmenso amor.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

En otro día de la semana, se puede utilizar la del día o bien la de la Misa “Por los enfermos”:

Oh Dios,
bajo cuya providencia transcurre cada instante de la vida,
recibe las súplicas y oblaciones que te ofrecemos
implorando tu misericordia a favor de los hermanos enfermos,
y así, quienes tememos por su enfermedad,
nos alegremos de su salud.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

V.- RITOS DE CONCLUSIÓN Y DESPEDIDA DE LA ASAMBLEA

Oración después de la comunión

En el domingo VI de Pascua:

Dios todopoderoso y eterno,
que en la resurrección de Jesucristo
nos has renovado para la vida eterna,
multiplica en nosotros los frutos del Misterio pascual
e infunde en nuestros corazones
la fortaleza del alimento de salvación.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

En otro día de la semana, se puede utilizar la del día o bien la de la Misa “Por los enfermos”:

Oh Dios,
singular protector en la enfermedad humana,
muestra el poder de tu auxilio con tus siervos enfermos,
para que, aliviados con el auxilio de tu misericordia,
merezcan presentarse sanos en tu santa Iglesia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Bendición solemne

El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

Dios, que por la resurrección de su Unigénito
os ha redimido y adoptado como hijos,
os llene de alegría con sus bendiciones.

R. Amén.

Y ya que por la redención de Cristo
recibisteis el don de la libertad verdadera
por su bondad recibáis también la herencia eterna.

R. Amén.

Y, pues confesando la fe
habéis resucitado con Cristo en el bautismo,
por vuestras buenas obras
merezcáis ser admitidos en la patria del cielo.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

R. Amén.

Con el pensamiento puesto en nuestros enfermos y familiares, elevamos ahora
nuestra mirada hacia María, Madre de Dios y Madre nuestra, Salud de los Enfermos. Para
ella es ahora nuestro afecto y nuestra invocación. Que al separarnos permanezcamos
unidos en el mismo amor que ella nos tiene y que refleja el amor eterno de Dios. Id en paz
y anunciad a todos la alegría de la resurrección del Señor, que es nuestra fortaleza.

Podéis ir en paz. Aleluya.

R. Demos gracias a Dios. Aleluya.

Canto del Regina Caeli u otro canto a la Virgen.